

## Sevilla

## Calle Rioja



**Francisco Correal**  
fcorreal@diariodesevilla.es

**Epicentro.** Umbrete fue Castalgandolfo de cardenales de Sevilla. En el espacio que democratizó Amigo Vallejo tiene su 'abadía' un médico con consulta en la Alfalfa.

# Lagos de mosto en la Alfalfa

**P**UEDE que haya gente que conozca mejor los lagos de Sanabria, la historia de Umbrete o los entresijos de ese eje cenital de la ciudad que es la Alfalfa, pero es muy improbable encontrar a alguien que reúna información de primera mano sobre esos tres microcosmos con la eniundia y la pasión por conocer y



cuidaban del rebaño o el tenedor, como llaman por la tierra de León Felipe al taca-taca de los niños.

Victoria, la mujer del dermatólogo, es la única de los ocho hermanos que se fue a vivir a la capital. Seis viven en Umbrete y una hermana se fue a Hinojos. Tantos cardenales no podían estar equivocados. La calle se llama Cervantes y una de las escaleras de la

transmitir de que hace gala sin alardes Ismael Yebra.

En la semblanza de su primo, el académico Manuel Halcón describía la relación pendular, la dialéctica de barbecho que Fernando Villalón establecía entre el campo y la ciudad, entre ganaderos y ganadores, por utilizar una terminología loperiana afortunadamente en desuso. De cuando la ciudad era sinónimo de buscar una vida provechosa ante las inciertas y azarosas expectativas del agro y sus toros de ojos verdes.

La Alfalfa, Umbrete y Sanabria. Ancha es Sevilla. Ismael es un dermatólogo cuya relación con la vida no es nada epidérmica. Este topónimo del Aljarafe mantiene una relación privilegiada con la capital desde que Umbrete se convirtió en Castalgandolfo de los cardenales de la archidiócesis. Dicen que el cardenal Segura se refugiaba en este palacio Arzobispal ahora convertido en colegio Marcelo Spínola cada vez que Franco visitaba Sevilla.

Allí buscaban los mitrados, casi todos hombres del norte, el fresquito que el verano les negaba en Sevilla. Uno de ellos, el cardenal



Bodega Umbrete, un clásico de la calle San Luis que simboliza el nexo de la ciudad y el Aljarafe.

MANUEL GÓMEZ

Lluch, murió en las propias dependencias del palacio umbreteño. El pueblo le quedó muy agradecido a Carlos Amigo Vallejo, recordado en placas por doquier, porque abrió para el disfrute ciudadano unos espacios que antes era de uso exclusivo de la Iglesia.

Las peñas bética y sevillista de Umbrete están equidistantes de la impresionante iglesia, construida por el mismo arquitecto y oficiales que hicieron San Bernardo. Aires de Miércoles Santo en los dominios del mosto. Los jardines del Arzobispo dan a la casa-herman-

dad del Rocío de Umbrete, que data de 1814, aunque hay quien apunta una antigüedad mayor que fue velada para no herir el privilegio cronológico de Triana. Fue hermano mayor Rafael González Lahera, que tiene una calle con su nombre y fue padrino del doctor Yebra Sotillo. En el centro de los jardines hay una antigua noria reconvertida en espacio cultural donde Ismael pronunció el pregón del mosto. Uno de los dos que ha pronunciado: el otro fue el de la Cabalgata de Reyes Magos de Sevilla.

En la casa que fue bodega de su abuelo, el doctor Yebra hace un mestizaje perfecto entre las dos patrias de San Fernando, el alfa zamorano y el omega sevillano del rey santo. Si tuviera una reliquia de este monarca y algún indicio académico del paso por las aulas de la Fábrica de Tabacos de Agustín García Calvo, toda Zamora, que nos explicó en una hora, estaría contenida en este espacio. Incluidos útiles de labranza, el collar protegido por pinchos para que los mastines amortiguaran los ataques de los lobos mientras

monástica de un médico contemporáneo. Tiene los tres volúmenes del poeta alemán Gottfried Mann, dermatólogo como él, con edición y traducción de José Luis Reina Palazón, un erudito morisco, como llaman a los nacidos en La Puebla de Cazalla.

Umbrete es un pueblo muy respetado en Sevilla, recordado por los parroquianos que pasan por la bodega que lleva ese nombre en la calle San Luis, junto al Pumarejo. El doctor Yebra baja a un sótano de alquimista del que saca un excelente coñac de Almonte.

### CASA DE ZAMORA

Sólo faltan una reliquia de San Fernando y un indicio académico de la época de Agustín García Calvo

LETRAS LO QUE LEEN LOS ESCRITORES

## BIBLIOTECAS

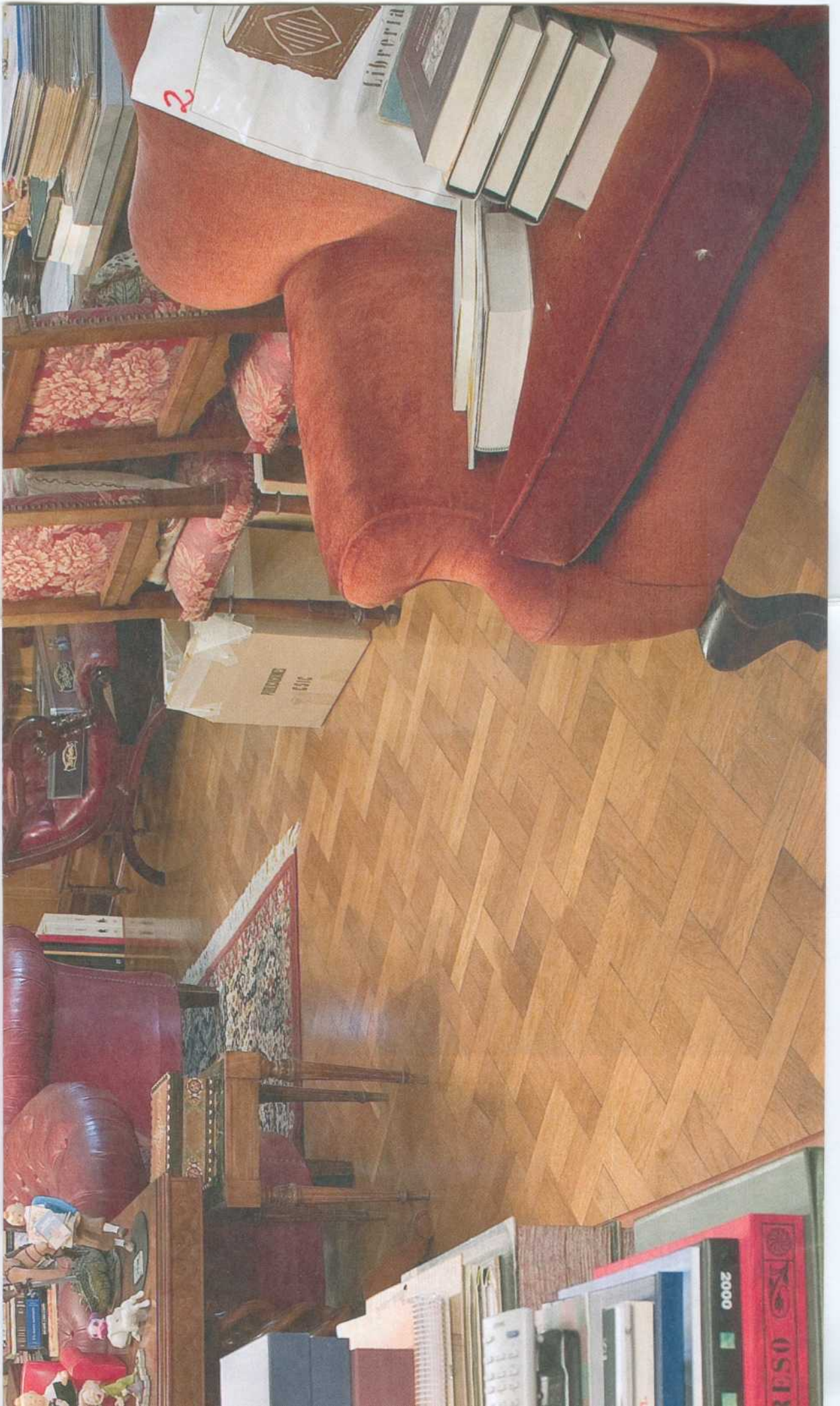
1


# PATA NEGRA

Luis Alberto de Cuenca, Clara Janés, Andrés Trapiello, Luis Landero y 16 autores más han dejado que el escritor Jesús Marchamalo cotillee en sus li-  
brerías. Ha figgado en cada rincón de esas salas para descubrir la personalidad de sus dueños y lo cuenta en su nueva obra, *Donde viven los libros*.

por Azucena S. Mancebo fotografías de Chema Conesa







“Cada mañana,  
al despertar,  
leo poesía”

CLARA JANÉS

Barcelona, 1940.

UNOS 4.000 LIBROS

Su joya: “Una traducción de Omar Jayyam por Fitzgerald, con ilustraciones modernistas y cubierta de ante blanda con texto en oro, anterior a 1926”.

“Los libros en casa eran algo familiar. Cada vez que mi padre editaba uno, lo traía, y se celebraba, y era habitual que por aquella casa pasaran escritores. Recuerdo a Salvador Espriu, a Mika Waltari, el autor de *Sinuhé el Egipcio*. Mantengo aquel ri-

**3** Vicente Aleixandre (1898-1984) vivió durante muchos años y hasta 1936 en la calle Velintonia de Madrid, cerca de Ciudad Universitaria. Durante los primeros meses de la Guerra Civil aquella zona se convirtió en frente bélico y Aleixandre tuvo que abandonar su hogar y refugiarse en el de unos familiares. Su casa fue bombardeada y sólo los muros permanecieron en pie. Algunos meses después, el sevillano pidió a su colega Miguel Hernández (1910-1942), ya comisario político, que le consiguiera un salvoconducto para poder volver y recuperar algunos enseres. Aleixandre, enfermo desde principios de la década de los 20 de tuberculosis renal, llegó hasta la que había sido su residencia en una carreta de madera empujada por su amigo el poeta. Sólo pudo rescatar un libro.

Si, como dijo la poetisa gala Marguerite Yourcenar (1903-1987) “la mejor manera de conocer a alguien es ver sus libros”, la guerra ocultó bajo los cascotes a Vicente Aleixandre; impidió que trascendieran las manías, rarezas y secretos que, como todos los literatos, guardaba en su biblioteca.

Seguro de que la máxima de Yourcenar es cierta, el periodista y escritor Jesús Marchamalo (Madrid, 1960) se ha colado en las casas de 20 de los escritores contemporáneos más relevantes -Mario Vargas Llosa, Fernando Savater, Antonio Gamoneda, Clara Janés y Javier Marías, entre otros- y ha cotilleado -“se trataba de eso”- sus bibliotecas, hojeado los libros que la com-

tual de niña y, cada mañana, al despertar, leo poesía”.



ponen, leido las anotaciones al margen, examinado los estantes arqueados y escudriñado cada uno de los objetos y detalles que las decoran. “Buscaba descubrir esa otra faceta desconocida de su personalidad”, argumenta Marchamalo. Asegura que la encontró, y la desvela en su nueva obra *Donde se guardan los libros* (Ed. Siruela).

**REFLEJO DE UNO MISMO.** <sup>4</sup> “Victoriosa, sobrada, que ganada la batalla optó por la anejiación y se acabó quedando con la casa” es como describe el autor la biblioteca de Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 1950), que guarda, según el propio escritor, “unos 40.000 libros. Y como todo el mundo pregunta lo mismo, le diré que no, no los he leído todos. Es un disparate pensar que alguien con tan cantidad de ejemplares ha podido hacerlo”, defiende. De Cuenca, filósofo, ensayista, poeta y miembro del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), define esa estancia que alberga tan abrumadora colección como un lugar “que guarda todo aquello que ha configurado mis 60 años de vida. Una biblioteca que me retrata, en la que me miro y veo quién soy: una especie de Peter Pan que no quería crecer, pero que lo hizo, y que ahora es capaz de traducir textos de Ovidio y disfrutar con los tebeos de mi infancia”.

El adulto fue quien reunió en sus estantes a Juan Ramón Jiménez, a Shakespeare –“de ellos fueron mis primeros libros”– a Galdós, a Martín-Santos, a Dostoievski, a los herma-



"Son muchos

años ya obsesio-  
nado con  
los libros”

•  
**LUIS ALBERTO  
DE CUENCA**  
Madrid, 1950.

•  
**40.000 LIBROS**  
Su joya: una  
primera edición  
de las *Rimas* de  
Bécquer de 1871.

•  
“Son muchos años  
ya, desde los 16 o 17,  
obsesionado con los  
libros. A los 12 tenía  
ya un mueble don-  
de empecé a guar-  
dar los primeros:  
dos tomos de Juan  
Ramón Jiménez, de  
la Biblioteca de  
Premios Nobel; las  
obras completas de  
Shakespeare, que  
me regalaron por  
las notas de revá-  
lida de cuarto; y  
novelas de aventu-  
ras. He sido, y soy,  
un gran consumi-  
dor y coleccionis-  
ta de tebeos”.

